



Se abre la Biblia y se abren corazones

Mónica nunca pensó en dar clases en una escuela adventista.

Su aventura en las aulas empezó casi por casualidad, durante una conversación que tuvo en una boda en el 2022. Alguien le preguntó si le gustaría dar la materia de Historia en la Escuela Primaria Adventista Kompas. Ella no tenía las titulaciones oficiales que se suelen exigir, pero sí tenía algo: un gran amor por la historia, experiencia educando a sus propios hijos en casa y años de aprendizaje junto a otras familias en una pequeña comunidad de educación en el hogar.

«Sabía lo que se esperaba del plan de estudios —dijo Mónica—. Y sabía cómo aprenden los niños».

Así que aceptó darle una oportunidad.

Actualmente, Mónica imparte clases de historia desde el cuarto hasta el octavo grados. Además, es la maestra titular de quinto y sexto, y acompaña a sus alumnos a medida que van pasando de un grado a otro, lo cual le permite conocerlos muy bien. También enseña un poco de polaco. «Estamos creciendo juntos», dijo.

Su aula no tiene nada de convencional.

Los alumnos tienen diferentes orígenes y creencias: adventistas, católicos, calvinistas, ateos, budistas, hare krishnas. Algunos hablan abiertamente de la reencarnación. Muchos tienen necesidades educativas especiales. Es una mezcla que podría intimidar a algunos docentes. A Mónica no le preocupa.

«Simplemente hay que trabajar», dijo.

Cuando asumió por primera vez su papel como maestra principal, se dio cuenta de un reto inmediato: para que la clase de Biblia tuviera sentido, los alumnos primero tenían

que confiar en la Biblia misma. Así que en lugar de empezar con historias conocidas, empezó con preguntas.

Durante casi un mes, la clase estudió por qué la Biblia afirma tener autoridad: por qué las Escrituras se describen a sí mismas como una luz, la verdad y la Palabra viva. Los alumnos abrían sus propias Biblias a diario, leían pasajes y comparaban lo que la Biblia dice sobre sí misma.

«Intentamos que no haya ni un solo día en el que no abramos la Biblia —explicó Mónica—. Y siempre explicamos claramente que lo que decimos proviene de las Escrituras».

Esa forma de proceder se forjó a raíz de un momento que ella nunca olvidará.

El primer día de clase, mientras explicaba el horario diario, un chico levantó la mano. —¿Se puede creer en Dios sin creer en la iglesia? —preguntó.

No era una pregunta fácil. Mónica se fue a casa y se quedó pensando en ello durante bastante tiempo. Al final, respondió con sinceridad.

—Sí —le dijo—. Yo misma hice eso durante muchos años.

Esa respuesta abrió la puerta a algo más profundo.

Mónica conoce bien lo que es la duda porque la vivió en carne propia. Se crió con un padre ateo que se burlaba abiertamente de la religión. Como lo amaba, acabó adoptando sus ideas. De adolescente, creía que la fe era una ilusión... hasta que una tranquila tarde lo cambió todo.

Una noche, a los dieciséis años, sentada sola en su escritorio, empezó a pensar en el mundo y en cómo funcionaba. «No pudo haber surgido por sí solo», comprendió. En

Cápsula informativa

- El nombre oficial de Polonia es República de Polonia.
- La capital y ciudad más grande de Polonia es Varsovia.
- El idioma oficial de Polonia es el polaco.
- La moneda polaca es el zloty.
- El nombre de Polonia en polaco es Polska, que significa 'campo' o 'llanura'.
- Polonia tiene unos 10 000 lagos. Los más grandes son el Sniardwy y el Mamry, mientras que el más profundo es el lago Hancza, con 108,5 metros de profundidad.

la oscuridad, susurró lo que ahora reconoce como su primera oración: «Si hay un poder supremo, muéstrate ante mí».

Esa oración abrió una rendija en la puerta.

Las respuestas de Dios fueron llegando poco a poco a través de libros, amistades y encuentros inesperados. Mónica compró su primera Biblia casi por casualidad y la dejó sin tocar sobre un estante. Más tarde, gracias a unos amigos que buscaban la fe durante los últimos años del comunismo en Polonia, empezó a asistir a reuniones, a hacer preguntas y a leer las Escrituras por su cuenta.

Algunos caminos la llevaron a callejones sin salida. Otros le revelaron una verdad

mezclada con errores. Pero una cosa quedó clara: se podía confiar en la Biblia, y Jesús era real.

Al final, Mónica asistió a unas reuniones evangelísticas adventistas en Varsovia. Allí descubrió enseñanzas bíblicas que nunca antes había conocido. En junio de 1989, solo unos días después de terminar los exámenes de la secundaria, se bautizó.

Ese viaje marcó su vida. Y también influyó en su forma de enseñar.

«Cuando mis alumnos me hacen preguntas difíciles, no me da miedo —dice Mónica—. Yo también he pasado por eso».

Hoy en día, muchos de sus alumnos no han oído nunca las historias bíblicas clásicas, esas que los niños adventistas suelen saberse de memoria. Mónica se las presenta con delicadeza, a veces a través de libros como *Mis amigos de la Biblia*, estableciendo así un vínculo común basado en las Escrituras y la confianza mutua.

En su clase, nunca se impone la fe. Se ofrece con claridad, constancia y cariño.

Así es la misión en Kompas. Las preguntas son bienvenidas. Se abre la Biblia y se siembran semillas.

Y a veces, esas semillas crecen en silencio, como lo hicieron en el corazón de una adolescente que se atrevió a orar en la oscuridad.